

*Una mirada propia**

Mateo Maciá

¿Qué ocurre cuando nos imaginamos en el pasado? ¿Cómo es la mirada sobre nosotros mismos? ¿Qué hay de singular en ella? Al fin y al cabo, somos historia y muchas veces preferimos nuestra mirada a la mirada de otro. Porque si en la realidad somos lo que los demás nos dejan ser, en nuestra memoria somos, más que en ningún otro lugar, lo que queremos —o hubiéramos querido— ser.

Constituye un tópico el afirmar que las memorias, si es que son un género literario, son poco frecuentes en la historia de la literatura española. El de la falta de autobiografías es un lamento habitual. Y si bien del Siglo de Oro quedan pocos testimonios personales, no ocurre lo mismo a partir del siglo XVIII. Puede consultarse con provecho, sobre esta cuestión, el *Catálogo Comentado de la Autobiografía Española (siglos XVIII y XIX)*, de Fernando Durán López (Ollero & Ramos, 1997).

El momento actual, en concreto, resulta ser sorprendentemente rico en la producción de textos autobiográficos. La carencia de recuerdos de políticos denunciada por José Vidal Beneyto en *El País* (26 de octubre de 1996) puede resultar más o menos cierta, pero no cabe decir lo mismo de personas o personalidades o pertenecientes al campo de lo político.

La balsa de la Medusa, 43, 1997.

Al margen del camino que en su momento abriera Carlos Barral con sus memoriales con ambición literaria (*Años de penitencia*, 1975; *Los años sin excusa*, 1978; *Cuando las horas veloces*, 1988; con otro carácter, *Los diarios*, 1993) y en cuya estela se inscriben los dos volúmenes aparecidos de memorias de Antonio Martínez Sarrión (*Infancia y Corrupciones*, 1996, y *Una juventud*, 1997) en los últimos meses se han publicado testimonios de Jorge Semprún, Eduardo Haro Tecglen, Carlos Luis Álvarez (Cándido), Carlos Castilla del Pino, Oriol Bohigas, Andrés Trapiello o Gregorio Peces-Barba. Por no hablar del *Autorretrato sin retoques* (1996) de Jesús Pardo, que, aunque desaliñado de estilo, ha supuesto una conmoción en los medios literario-periodísticos, de fronteras cada vez más difusas. Un lugar común español más, el de la ausencia de recuentos, parece romperse.

*Viaje de ida**, de Román Gubern (Barcelona, 1934) se inscribe en esta corriente. Se trata de los recuerdos de un hombre en plena madurez, todavía no mayor, y que ha jugado un papel central en la aparición y difusión de los estudios sobre los medios de comunicación —singularmente la imagen, el cine y la televisión— en España.

Tal vez lo más característico de este *Viaje de ida* sea la habilidad con la que entremezcla los recuerdos personales con el ambiente de la España de posguerra. El franquismo fue, sin

* Gubern, Román, *Viaje de ida*, Barcelona, Anagrama, 1997, 419 páginas (Biblioteca de la Memoria)

duda alguna, no sólo demasiado largo, sino también totalizador: únicamente en su final dejó resquicios por los que fue saliendo a la luz la realidad profunda del país. De la lectura del libro de Gubern se desprende con nitidez la condición de losa que tuvo para varias generaciones españolas. Por eso, su caso, como el de tantos otros, es meritorio. Consiguió romper el cerco, autoformarse, enseñar en su especialidad en Estados Unidos en los setenta y convertirse en una autoridad internacional en la materia. Sus memorias –a diferencia de las de tantos personajes públicos– no tienen nada que justificar. Su vida está más que justificada con sus libros, sus enseñanzas y su actividad pública. Y esto es algo que siempre agradece el lector.

De las primeras páginas resulta especialmente sugerente la idea de la infancia como edad de la inseguridad y la falsedad: «La infancia es, más que la edad de las ilusiones, la edad del engaño» (22). El autor, hijo de una familia patricia de Barcelona, había sufrido todavía niño un breve exilio en Francia durante la Guerra Civil. A la vez, uno de sus abuelos fue procesado y condenado por el Régimen. A pesar de todas estas contradicciones aparentes, se siente descendiente de «la burguesía catalana», un concepto acuñado a pesar de las fracturas. La guerra y el franquismo supusieron temporales pérdidas de rumbo, pero lo esencial permanecía: Gubern estudió a los Jesuitas y luego Derecho en la Universidad.

Tal vez fue la propaganda nazi (*Adler, Signal*), que se distribuía desde una oficina próxima a su casa,

así como los noticiarios cinematográficos (*Nodo*) lo que despertó su primer interés por las imágenes. Del impacto de la triunfante estética nazi de la época en aquella España empobrecida y derrotada también da cuenta Carlos Castilla del Pino en *Pretérito Imperfecto* (1997). Todo cinéfilo se forja en la infancia y, como el mismo Gubern reconoce, es un poco *voyeur* (56). Del interés y la capacidad de observación del autor sobre estos temas son buena muestra las primeras páginas del volumen.

Gubern relaciona el cine y la radio de la época con la realidad política y social, sin dejar de lado el sexo, presente a lo largo de todo el libro. Menciona el rumor que corría de que acostarse con Sara Montiel costaba quinientas pesetas, una fortuna de la época. Abundando en otras carencias, alude a la conveniencia de un estudio sobre el contenido de las canciones populares de posguerra, como reflejo del imaginario colectivo: *Cocidito madrileño, La gallina papanatas, La vaca lechera, La casita de papel, Mi casita en Canadá*, etc. Son páginas –similares a las que dedica Antonio Martínez Sarrión al tema– que supone una evocación de la educación sentimental del autor.

Una evocación que resulta sorprendentemente familiar incluso a los algo más jóvenes, apartando a nuestro país de los grandes movimientos políticos (construcción europea) y culturales (música *pop*, cine de vanguardia, experimentalismo literario...) de la época. Gubern describe muy bien la realidad cutre y gris de aquellos años; omnipresencia de la Iglesia y los falangistas, censura, prohibición del

catalán, feroz represión sexual... que tendrían su inmediato contrapunto en su militancia comunista. A los veinticuatro años hace su primer viaje a París, que le abre los ojos a otras realidades.

Los años sesenta, que vivió en Barcelona, son para Gubern los años de la modernidad y la «década de la imagen» por excelencia. También son sus años de iniciación como escritor, al margen de un periódico infantil. El primer tomo que firmó con su nombre, en la editorial Bruguera –para la que hizo otras obras de encargo con seudónimo– se titulaba significativamente *La televisión* (1965). En 1969 publicó su *Historia del cine*. Unos años después publicaría *El lenguaje de los comics* (1972), utilizando el entonces novedoso análisis semiótico. A pesar de ello, Gubern se considera un semiólogo «a tiempo parcial, pues he utilizado sólo ocasionalmente los métodos y técnicas de la semiótica en mis análisis de textos icónicos, ya que entiendo que se trata de objetos cuya comprensión no se agota con este método reduccionista, sino que solicita, sobre todo, planteamientos transdisciplinarios» (172-173).

Gubern inició estudios de dirección cinematográfica en Madrid, pero los abandonó pronto. Sin embargo, se estrenaría como guionista con *Brillante Porvenir*, dirigida por su amigo Vicente Aranda en 1963. Además, escribiría para el cine las historias de *España otra vez* y *Un invierno en Mallorca*, ambas dirigidas por Jaime Camino. Más adelante colaboraría en *Dragón Rapide* y *Espérame en el cielo*, convirtiéndose en un especialista en la figura de Franco *malgré lui*. Cuenta

que el General, ante un ministro que encendía un pitillo en su despacho de El Pardo, exclamó *¡No, no; aquí no dejan fumar!* Se echan en falta, en un *connoisseur*, otras anécdotas –ciertas o falsas, pero características del período– muy conocidas, como la de Jesús Fueyo cuando fue nombrado director del *Arriba* y le pidió consejo al dictador sobre qué orientación darle al diario falangista. *Haga como yo; no se meta en política*, contestó el de El Ferrol. Y la no menos significativa de Navarro Rubio cuando fue cesado como ministro de Hacienda. A la pregunta del militar sobre qué puesto le gustaría ocupar en el futuro, contestó ingenuamente: *Gobernador del Banco de España*. Y el viejo general le replicó: *¡Toma; y a mí!*

En cualquier caso, la educación de Gubern es muy cinematográfica, como la de tantos intelectuales de la época. Hoy las cosas ya no son así. El autor de *Viaje de ida* evoca con afecto a lo largo de varias páginas a la llamada *Escuela de Barcelona* y su película-manifiesto, *Dante no es únicamente severo*, de Jacinto y Joaquín Jordá. Hay también una referencia a las editoriales –tanto de Barcelona como de Madrid– de entonces, algunas todavía activas: Anagrama, Tusquets, Laia, Castellote, Akal, Ciencia Nueva, etc. Sorprendente la falta de mención a Gustavo Gili.

No podía estar ausente de los recuerdos de aquella época la noche barcelonesa. Combinar el rigor comunista, el intelectualismo, la capacidad para los negocios, la liberación sexual y la jarana nocturna ha sido, sin duda, una de las mejores cualidades de esa generación. Tardará en repe-

tirse. Luego pisarían en algunos casos –menos de los que se piensa– la moqueta ministerial. ¡Qué diferencia con los hispídeos izquierdistas de los noventa!

Román Gubern se fue a los Estados Unidos en mayo de 1971. Tras la tímida apertura franquista –que pronto tocó techo– la censura se recrudeció de la mano del ministro Sánchez Bella. A comienzos de los setenta le había sido prohibida la publicación de *Amar en Barcelona*, un repertorio de locales eróticos –tan en boga en la época– de la capital del Principado. Poco antes, tras la invasión de Checoslovaquia en 1968, había abandonado silenciosamente la disciplina comunista. Según escribe, «con la carrera de guionista bloqueada por una censura implacable, y con el acceso a la docencia universitaria cegado por mi expediente político, ni siquiera había tenido en consideración preparar una tesis doctoral» (239). Obviamente –signo de los tiempos– al ir a trabajar al *Massachusetts Institute of Technology* (MIT)– se le acusó *sotto voce* de haberse puesto al servicio de la CIA.

La experiencia americana fue definitiva. En las páginas de *Viaje de ida* hay desde jugosas reflexiones sobre la *tramp tradition* hasta impresiones sobre el urbanismo de Los Ángeles, una ciudad sin centro definido y que asocia a la cultura del automóvil. Gubern vivió entre 1975 y 1977 en Hollywood, en parte, según reconoce, por razones puramente mitómanas. Hollywood ya no era lo que había sido de los años veinte a los cincuenta, pero los viejos estudios, que él visitaba frecuentemente,

seguían en pie. Con amargura, reflexiona sobre la *disneyzación* del mundo –una propuesta hedonista basada en la ley del mínimo esfuerzo preceptivo, psicológico e intelectual– como signo de la posmodernidad.

Los medios a disposición de profesores y alumnos, entonces impensables en la Universidad española (el CAVS, *Center for Advanced Visual Studies*, antecesor del *Media Lab* del MIT), la televisión transmitiendo los acontecimientos en directo, algo imposible en la España del control y la censura, el encuentro con los exiliados (Marichal, Max Aub), la libertad sexual, la mezcla ética... Gubern pasaría del MIT al *Caltech* (*California Institute of Technology*), su equivalente en la costa oeste. De aquellos años surgen varios libros (*El cine. Enciclopedia del Séptimo Arte*, 1973-1974, obra colectiva; *Mensajes icónicos en la cultura de masas*, 1974; *Un cine para el cadalso*, 1975; *Comunicación y cultura de masas*, 1977 y otros) y los proyectos de títulos como *La mirada opulenta* o *Del bisonte a la realidad virtual*, que escribiría años después.

Gubern vivió la transición política entre Estados Unidos y España, lo que le confiere un carácter de observador singular. En él conviven la distancia del transterrado y la pasión del nativo. Resulta particularmente significativa de su situación la forma en que cuenta cómo supo y cómo transmitió la noticia de la muerte de Franco.

En octubre de 1977 se produjo su regreso a España y su incorporación como profesor adjunto interino a la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Barcelona.

Víctima del cerrilismo académico nacional —él, que había renunciado a una plaza de profesor estable en Estados Unidos— se ve forzado a redactar una tesis doctoral para poder convertirse en catedrático. Sería sobre la censura durante la Dictadura y en la Facultad de Derecho (*La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo*, 1981). En mayo de 1982 fue nombrado catedrático con un grupo de notables. De su memoria para la plaza sugería el libro de texto *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea* (1987). Además, en los ochenta publicaría *La Guerra de España en la pantalla. De la propaganda a la historia* (1986) y *El simio informatizado* (Premio Fundesco, 1987) y colaboraría en películas y programas de televisión.

El final de los ochenta y los noventa, con los que se cierra el libro, devolverían a Gubern, hasta cierto punto, al lugar que le correspondía: reconocimiento académico y profesional, premios, éxito editorial, participación en jurados y comités diversos —desde el Vaticano al régimen comunista búlgaro—, etc. En 1993 publicó *Espejo de fantasmas. De John Travolta a Indiana Jones*; en 1994, *Benito Perojo, Pionerismo y supervivencia*, y en 1996, *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*.

En 1993 y siendo ministro de Cultura Jordi Solé Tura, fue nombrado director del Instituto Cervantes en Roma. Félix de Azúa, también catalán, dirigía el de París. El Cervantes nacía tarde y mal. Tarde, porque además del Instituto Británico, el Alemán y el Liceo Francés, hasta los ita-

lianos se habían preocupado de difundir su lengua a través del *Istituto Italiano di Cultura* desde hacía décadas. De hecho, si el español sobrevive en el mundo como lengua a aprender, no es, desde luego, gracias a la Administración. Mal, porque dependía de Exteriores y de Cultura, esto es, iba a estar sometido a los vaivenes no ya de un ministro o un director general, sino de varios. Para colmo, su primer director fue Nicolás Sánchez-Albornoz, un demógrafo de ilustre apellido, formado en América, pero sin ninguna experiencia ni conocimiento de la burocracia española. Era prácticamente imposible que aquello saliera bien.

Gubern se encontró al llegar con la enemiga del embajador Emilio Menéndez del Valle —que hubiera preferido a su candidato para el puesto— y hasta la del entonces director de la Academia de Bellas Artes en Roma, el semiólogo Jorge Lozano, que según él lo vio como un competidor y le negó un alojamiento provisional. A pesar de todo ello —y aunque pronto tuvo ocasión de arrepentirse de haber aceptado el cargo— consiguió tener en marcha la sede romana y desarrollar diversas actividades.

¿Cómo hay que leer una autobiografía? José Miguel Marinas ha propuesto, desde estas mismas páginas («La Balsa de la Medusa», 38-39, *Las vidas de Borges*) que nos lo tomemos con sentido del humor. Son piezas más significativas por lo que ocultan, por lo que inventan —como hizo Tierno Galván— o por lo que no son capaces de explicar que por lo que dicen. En cualquier caso, su razón de ser es desvelar algo —mucho o poco—

que hasta su publicación permanecía oculto. O meterse con alguien. Aunque sea con uno mismo, como en el caso de Jesús Pardo. Ya se sabe que muchas veces uno es o deja de ser según los enemigos que se forja.

Viaje de ida no es, en este sentido, una autobiografía al uso. Es un volumen con afán totalizador. Pretende contar no sólo una peripecia personal, sino la evolución de un país desde la perspectiva de su autor. No son las memorias de un intelectual, de un profesor universitario, de un personaje público o de un político. Pero de todo eso tienen. Es un libro vitalista e intelectualmente libre. Carece del tremendismo bronco de *Autorretrato sin retoques* y está, en cambio, impregnado de la bonhomía de su autor. No hay voluntad de estilo, sólo corrección. Sí, afán de entretener y hacer la lectura ligera. Está redactado quizá demasiado a vuelapluma, pero detrás de sus páginas se adivina al escribidor nato que es Gubern, con un anecdotario —propio y también tomado de aquí y de allá— muy rico. Como en tantas memorias —y este fallo es imputable al editor— falta un índice

onomástico, imprescindible en estos casos.

Hay que subrayar de nuevo la importancia capital del cine en la educación y en la vida del autor. Se echan en falta en el libro algunos elementos de la cotidianidad, desde los afectos a la gastronomía. Una observación de pasada al gusto por el marisco (395) sabe verdaderamente a poco. La modernidad no está constituida únicamente por el cine, la televisión o los automóviles. También por el plástico, las hamburguesas, las fibras indeformables o las placas de cocina.

Cualquier autobiografía es una mirada propia sobre nosotros mismos. Es también, hasta cierto punto, la mirada del autor sobre su obra. Cuando no podemos imaginar el futuro, tal vez porque ya vivimos en él —y esa es una de las características más acusadas de nuestro presente— imaginamos el pasado. Sea como fuere, bienvenidas sean si nos ayudan a entendernos —o, quién sabe, a inventarnos a nosotros mismos— mejor.